



«Contra el reparto del mundo establecido en Yalta, en febrero de 1945, se alzan ahora, precisamente ahora, algunas conciencias del mundo.» En la foto, Winston Churchill, Franklin Delano Roosevelt y Stalin, en el palacio de Livadia, en Yalta.

A CADA UNO SU POLONIA

EDUARDO HARO TECGLÉN

LA enfermedad polaca nos invade. A veces —y quizá cada vez con más frecuencia— los individuos se obsesionan por uno de sus problemas o de sus malestares, que no tiene por qué ser el mayor de ellos, se dejan dominar por él y todo lo ven desde ese único punto de vista. Es una forma de enfermedad mental. Con los grandes conjuntos humanos sucede más de una vez este mismo hecho. Una neurosis, o una psicosis, o como se quiera llamar —y el nombre va cambiando con el tiempo— no es sólo una manifestación patológica aislada: es una forma de dar nombre y personalidad a lo que de otra manera sería difuso y, por lo tanto, difícil de localizar. Muchas veces se elige, como subterfugio para no tener que hacer otras acciones que repugnan, porque no se les ve una salida tan clara.

El caso de Polonia, la enfermedad polaca, reúne en sí misma los elemen-

tos suficientes para centrar la neurosis obsesiva del mundo occidental. Es un punto de encuentro. Los distintos sectores de las sociedades occidentales creen que están de acuerdo en repudiar la situación planteada por el general Jaruzelski; en el fondo, no lo están, y todos proyectan sobre Polonia sus propios complejos. Los dos partidos eurocomunistas de Italia y España —por ejemplo; otros partidos comunistas mundiales siguen la misma pauta— condenan lo sucedido en Polonia y —aparte movimientos de conciencia— lo que están haciendo es limpiar su propio comunismo de cualquier duda o sospecha. Lo vienen haciendo desde hace años, y a ello se le ha dado el nombre de eurocomunismo. Están demostrando que son distintos, que no quieren el modelo soviético ni ningún otro modelo que comporte una forma de dictadura —Dictaduras, ni las del proletariado— dijo una vez, ya hace años, Santiago Carrillo— y que sus propósitos de insertarse en el poder de las democracias que les contienen no tienen como finalidad llegar

a una forma clásica del comunismo tal como se contenía en el «Manifiesto», tal como lo describieron las primeras Internacionales; o tal como se practica en cada uno de los países comunistas del mundo —y ya hay opciones muy variadas, muy diversas—.

De este movimiento se exceptúa el comunismo francés. Está en una posición muy delicada. Participa en un Gobierno en el que no tiene más fuerza que la que le quiera dar la mayoría socialista que gobierna, y que podría gobernar perfectamente —desde el punto de vista de la seguridad en la Asamblea Nacional y de la opinión pública— sin necesidad de él. Ha ido perdiendo votos, elección tras elección; y militantes, año por año. Su entrada en el Gobierno parece ser una mera jugada del partido socialista: la de demostrar que el comunismo ya no representa una fuerza importante, y que se puede contar con él sin riesgo de ninguna clase. El partido comunista francés —y vuelvo a repetir, cuestiones de conciencia aparte— necesita demostrar que, aun

A CADA UNO SU POLONIA

dentro de esta coalición en la que está prisionero, tiene su fisonomía propia, y puede adoptar una postura en el caso polaco distinta de la del Gobierno. Tanto el PCF como el sindicato en el que tiene mucha fuerza —la CGT— mantienen la postura de que el movimiento Solidaridad de Polonia está infiltrado por extremistas de la derecha, por servicios extranjeros, por un reaccionarismo religioso, y que había que ponerle coto.

Ninguna de las dos posturas es cómoda. En España y en Italia hay militantes —y votantes— que reprochan su «derechismo» a los partidos. Son países pobres, o con zonas enormemente pobres, donde crece el paro y menguan los salarios —por su diferencia creciente con el aumento de los precios— y son países donde una derecha con más o menos aspecto de centro gobierna y pretende seguir gobernando. Las clases menos favorecidas en estos países esperan de sus partidos comunistas ya que no la revolución —que ya hace años apareció como imposible— si una acción dura y revulsiva, o por lo menos un refugio para sus necesidades y angustias. No comprenden fácilmente las estrategias ni las coyunturas. El documento de Berlinguer que ha precedido en Italia la comunicación del Comité Central es una piedra más en el lentísimo y quizá imposible edificio del «compromiso histórico», del levantamiento de los vetos extranjeros y nacionales que pesan sobre él. Mientras en Francia los militantes, los votantes y los intelectuales repudian también a un partido que no comparte con ellos la angustia y la preocupación por lo que pasa en Polonia. Incluso le sucede en el seno de la dirección; y los ministros comunistas están mucho más próximos a la posición del Gobierno socialista y de Mitterrand que a la de su propio partido. También en este caso el desgarramiento es importante.

Otra izquierda, más extensa y menos definida que la de los partidos comunistas, pero con unos propósitos generales muy claros, ve sobre todo en Polonia una contracción de los sistemas y el miedo a que las dictaduras militares entre en Europa (como si Turquía no fuera Europa, aunque sea sólo un poco). Ven que Polonia avanzaba rápidamente en un camino que coincide con su concepto de democracia —es decir, de soberanía popular, de un conjunto de libertades— y que ese proceso se ha detenido por una dictadura militar. En España, que es donde los rumores y algunos hechos han producido más especialmente este temor, Polonia aparece como una metáfora. Al mostrar lo que sucede

en Polonia, incluso al exagerarlo dando crédito a toda clase de informaciones parciales, están combatiendo su propio problema. Una dictadura conduce a campos de concentración, prisiones, supresión de toda clase de libertades, y no alivia los problemas económicos y sociales: simplemente construye unos diques para evitar la salida natural de esos problemas.

Lo cual no responde de ninguna manera, al pensamiento de la derecha. Para ella lo que ha sucedido en Polonia no es más que un reverdecimiento del comunismo: un comunismo que no tolera ninguna clase de democracia o de libertades. De ahí la indignación del general Haig, tan compartida en los medios derechistas del mundo, cuando oye comparar el tema polaco con los temas latinoamericanos —Argentina, Chile— o con el de Turquía. Haig no puede ser más claro: las dictaduras de los países comunistas, incluida naturalmente la de Polonia, son precisamente comu-

nistas, y las otras son anticomunistas. No se pueden mezclar ni confundir. La represión de las libertades en Polonia conduce directamente a un comunismo sin fin: la dictadura no es un medio, sino una finalidad. La de Turquía o la de Chile son sólo medios para impedir que el comunismo se apodere de sus países, como se ha apoderado en Cuba; cuando eliminen el riesgo, devolverán el país a la democracia. Toda la política de los Estados Unidos —no sólo a partir de Reagan, aunque él la haya acentuado, sino ya la de los últimos tiempos de Carter, que quería salvar sus elecciones de esta manera— se basa en la vieja lucha entre comunismo y anticomunismo, la que ya se produjo en los tiempos de un fantasma que recorría el mundo y se cristalizó a partir de 1917; y se ha personalizado entre la URSS y los Estados Unidos. Todo lo que sucede en el mundo sería consecuencia de ese enfrentamiento; el tema de Afganistán ya fue así, y el



«Al general Haig le indigna que se compare el tema polaco con los temas latinoamericanos. No se puede mezclar ni confundir, dice, el que las dictaduras comunistas sean precisamente comunistas y las otras sean anticomunistas.»



«La URSS está viendo que desde que murió Stalin su esfera imperial se reduce y no se le ve otra salida que la guerra mundial.» En la foto, el Estado Mayor soviético con Brezhnev.

tema de Polonia lo es con mucha mayor claridad. De donde las imposiciones de sanciones a la URSS y la necesidad de arrastrar a ellas como pueda a todos los países europeos, teniendo en cuenta el arrastre de conciencia de la cuestión polaca.

Cada uno tiene su propia Polonia. La de los gobiernos europeos consiste en no dejarse llevar a una guerra y en no interrumpir sus relaciones económicas con la URSS: continuar negociando, preparando el gasoducto de Siberia; y continuar recibiendo —o luchar por recibirlo— el asentimiento de sus movimientos pacifistas. La de los Estados Unidos es la de centrar sus problemas en un solo enemigo, llamado URSS. Se ha dicho alguna vez que los Estados Unidos tienen un «imperio involuntario»: que llegaron a esa situación por avatares históricos que no pretendían, buscando solamente su seguridad, por una parte, y la expansión de unas ideas democráticas que emitieron por primera vez hace dos siglos. Es una interpretación dudosa; pero, aunque se acepte, lo cierto es que los Estados Unidos tienen hoy un imperio irrenunciable. Toda su economía, todo el basamento de su cultura y de su sociedad, dependen de una forma de colonización de otros países: en unos casos por asegurarse suministros vitales, en

otros casos por erizar militarmente sus defensas lejos del territorio nacional. Los imperios no renuncian: caen. En Estados Unidos hay toda clase de estudios sobre el destino de los imperios históricos, desde Roma y Grecia —o Egipto, o el largo imperio chino— hasta los de Inglaterra y Francia: no quieren caer en la misma sima. La versión que ha traído Reagan consigo —y, a su vez, Reagan es un producto de fuerzas económicas y militares que piensan así— es que si no puede mantener firme y compacto ese imperio, o si está amenazado, es por la existencia de unos movimientos revolucionarios locales unas veces, generales otras; pero que no podrían existir sin la existencia, a su vez, de la Unión Soviética, su influencia moral y su ayuda en armas y en dinero. Por lo tanto, hay que demostrar a la URSS que no se la deja dar un paso más, aunque cueste la guerra mundial. Se intentó así en Afganistán —antes de Carter—, se intenta así en Polonia.

Es difícil que en un concepto tan, digamos, totalitario del mundo, tan en blanco y negro, tan de buenos y malos, puedan haber otra clase de razonamientos. La evolución del pensamiento político de Estados Unidos arranca, sobre todo, de Cuba. En Cuba se implantó un régimen comunista y ese régimen es dependiente de

la URSS en muchas cosas, y trata además de que otros países colonizados se liberen de su colonización liberándose de la URSS. La presencia de soldados cubanos en Angola o en Etiopía, las de otros elementos de ayuda en Nicaragua o en El Salvador, suponen para el Departamento de Estado —y, sobre todo, para el Pentágono; y por lo tanto, para la Casa Blanca— una prueba de la expansión del comunismo. Tratan de explicárselo así al mundo: parece que exageran los datos y la importancia de esas intervenciones, y sobre todo su carácter resolutorio, y terminan creyendo ellos mismos en esa importancia. Es otra mezcla de neurosis y política: es decir, una forma patológica de enfrentarse con los problemas del mundo. La gravedad de esta óptica consiste en que cuando no se ven los problemas reales no se adoptan soluciones reales. El tema de Cuba no se repite ni puede repetirse, entre otras cosas porque todo es irreplicable, y sobre todo porque había que plantearse unas revisiones históricas nada convenientes como, por ejemplo, dónde está la verdadera culpabilidad —o la verdadera razón— de que la revolución cubana contra la tiranía de Batista —de la que hay pruebas suficientes— y de una colonización de Estados Unidos que tenía como intro-

A CADA UNO SU POLONIA

ductor y representante algunas ramas de la Mafia —las casas de prostitución, el juego, el «relajo»...— se dirigiera hacia la URSS y necesitase cada vez más de ella. O la de que en Vietnam no se celebraran a tiempo las elecciones de reunificación, se impusiera la tiranía sangrienta de Ngo Din Diem y se buscara la ayuda de la URSS —y de la China de entonces— contra quienes evitaban la normalización del país después de la descolonización francesa. Esa ceguera deliberada —esa neurosis, esa salida— impide ver cuál es el problema del Irán y su salto de una dictadura a otra sin ninguna participación comunista; o que el problema esencial de los países árabes en la zona del petróleo es un problema de opresión antigua, explotación de sus riquezas, convertido todo ello en una revolución islámica y de la nación árabe en conjunto, sobre la que puede o no influir la Unión Soviética, pero que tiene una serie de factores genuinos. No ver la realidad de El Salvador no ver la de Turquía —realidades basadas en la miseria y en la explotación— puede ser una forma de defensa psicológica basada en una conveniencia política.

Desde la URSS, el punto de vista es naturalmente distinto. Está sintiendo desde hace años la situación como un cerco. La posibilidad de complacer a quienes la cercan aceptando sus propósitos generales está fuera de sus manos: podrá no ayudar ciertas revoluciones en marcha, pero no puede impedir las porque no dependen realmente de ella. La URSS está viendo que desde que murió Stalin —aunque sólo sea una coincidencia, pero probablemente es algo más— su esfera imperial se va reduciendo. Dejó inmediatamente de disponer de China como aliada; con el paso del tiempo la vio ya convertirse en su adversaria y después —ahora— como aliada de sus peores enemigos. Los partidos comunistas del mundo, en los que quiso basar una gran parte de su fuerza mundial— las Internacionales, la Kominform, la Kominter— se fueron separando poco a poco, buscando el «multicentrismo» o los comunismos nacionales, dependientes ya del contexto en que se desenvolvían, para llegar a ser sus enemigos directos, que denuncian el «modelo soviético» con la misma insistencia con que lo hacen, también, sus enemigos capitalistas a los que si no se suman es precisamente por que estos —los capitalistas— no quieren o no les convienen. Las democracias populares intentan por todas las vías desgajarse de su sistema militar y económico:

primero fue Hungría, luego Checoslovaquia, ahora Polonia (sin contar los sucesos históricos más tenues de forma, pero no menos importantes de Yugoslavia y Albania); Rumanía sigue su vía propia de independencia. Alemania Democrática es la más firme, pero busca caminos de entendimiento con la otra Alemania y desde luego no puede confiar en su población. Y la disidencia crece en el interior, donde los beneficios de la revolución que transformaron indudablemente el país zarista de barro y nieve en una potencia mundial se han detenido hace años: no se progresa. No hay nada, por lo tanto, menos real que la posición de Reagan de combatir a la URSS porque ésta continúa un proceso irresistible de expansión y de dominio mundial: sucede todo lo contrario. El proceso es de decadencia y de mengua. Hace años que no se ve salida a la URSS a no ser la de una guerra mundial; y esa salida, aparte de los riesgos generales que sabemos todos que correría la humanidad, tiene el riesgo muy seguro de la desaparición de la URSS.

Una salida que parece apuntarse es la militar. El caso de Polonia sería el de un microcosmos de todo el bloque soviético. Algo de lo que los Estados Unidos no desean ver, ni quieren que vea nadie, es la del carácter estrictamente militar del movimiento polaco —o sea, el uso de la fuerza nacional para terminar con una situación nacional— que al mismo tiempo que corta el proceso de democratización corta también el dominio del partido comunista. No sería una situación muy distinta de, por ejemplo, la de Argentina, al suprimir por una parte el peronismo y por otra el izquierdismo; o de la de Chile, que no sólo se limitó a derrocar el Gobierno de Allende, sino que impidió e impide que los partidos de la derecha —como la Democracia Cristiana— vuelvan a tener cualquier clase de influencia. La novedad es que esto sucede en un país comunista por primera vez, y cuesta algún trabajo verlo; sobre todo, si no se desea ver.

En el terreno de las especulaciones está el hecho de que este movimiento haya podido ser inspirado, propiciado y ayudado por la URSS; pero no por el PCUS, precisamente, sino por los militares soviéticos, que habrían creado ya un sistema de defensa interior en el cual estaría condenar al partido porque la dirección de éste ha conducido a una pérdida total de la imagen de la URSS en el mundo y a un recrudescimiento del adversario. Es decir que, tras Polonia, podía haber

otras naciones comunistas que intentaran resolver sus problemas por la vía militar; y que la propia Unión Soviética podría llegar, en un momento determinado, a la sustitución de Brezhnev por un militar; si es que no se ha dado ya el «golpe blando», según la terminología española. La posibilidad de que el comunismo soviético —y del bloque— pudiera terminar o evolucionar por la acción de sus propios militares no es, por lo menos, descabellada si se toma así el ejemplo de Polonia. Pensemos en China, donde la nomenclatura y la organización del Estado siguen coincidiendo con la organización comunista, pero donde el comunismo ya no existe prácticamente más que en la forma de dictadura que mantiene una forma de explotación de sus ciudadanos.

Lo que puede ser más inquietante, a la hora de producirse ese hecho, y continuando con las especulaciones, es que todo el sistema soviético en Europa se convierta en una dictadura militar. No sería lo mismo el enfrentamiento o la negociación actual de Occidente con un régimen comunista cercado y en decadencia que con una serie de dictaduras militares, para establecer las cuales existe ya el esquema del Pacto de Varsovia. Parece que esta misma especulación es la que divide los puntos de vista entre Europa y Estados Unidos, Europa en general —con Schmidt a la cabeza— pretendería que hay que ayudar al régimen comunista soviético a sostenerse con la esperanza de que sea cada vez más débil y que su transformación se haga por vías civiles. Es decir, que su evolución siguiera más o menos —aun teniendo en cuenta lo irreplicable de los sucesos— por la vía china; quitando la sensación de cerco, incitando a una apertura: comerciando, negociando. Serviría al mismo tiempo para modificar a la URSS y para contentar al pacifismo europeo. Es sabido que precisamente Reagan supone lo contrario. Ha llegado a la presidencia asumiendo que hay que perder todas las esperanzas de entendimiento con la URSS —que hay que renunciar a la doctrina de Roosevelt— porque desde que se intentó no se ha conseguido nada. Reagan no pretende ni puede ver todo lo que ha perdido la URSS en estos tiempos. Apenas le interesa la evolución interna de su régimen, aunque no cese de minarlo; lo que le interesa es que deje de estorbar en lo que considera vital para su imperio. Puede que no le disgustase nada la posibilidad de unas dictaduras militares sustituyendo al



«Cada grupo ideológico, cada grupo ideológico, cada individuo, ve Polonia como una metáfora de lo que le parece problema general. En la fotografía, desfile de marinos polacos en las calles de Varsovia.»

comunismo, aunque fuera con su mismo nombre; unas dictaduras que se dedicasen a la guerra interior —al dismantelamiento de las oposiciones— y renunciasen a la expansión exterior. Incluso podría regresar al sistema de bloques; es decir, al reparto del mundo establecido en Yalta en febrero de 1945 contra el cual se alzan ahora, precisamente ahora, algunas conciencias del mundo. Como la del Papa, a quien su fundamentalidad de polaco impide a veces la representación de la catolicidad en el sentido de universalidad: cuando alude, como hizo a mediados de enero, a la injusticia de Yalta y a la necesidad de que cada país pueda elegir su propio régimen y su propia pertenencia a unas alianzas o a ninguna, está simplemente aludiendo a su deseo de que Polonia pueda salir de la órbita soviética, aunque los propósitos generales sean completamente suscribibles.

Precisamente uno de los motivos de Reagan es que cree que el pacto —no sólo el escrito, sino el implícito— de Yalta no se está cumpliendo, y en detrimento de los Estados Unidos; cree que su propia zona de influencia

en Latinoamérica ha sido alcanzada por una traición a Yalta, y lo mismo en la zona del Mediterráneo. Volvamos a repetir que no tiene ni quiere tener la capacidad suficiente como para atribuir estos problemas crecientes a otras cuestiones, locales unas —cada país como problema—, generales otras —el despertar y la resistencia de las naciones colonizadas—. La URSS no deja de ver todo el caso de Polonia como una acción de Occidente, una traición a sus fronteras exteriores; como Estados Unidos piensa que el caso de El Salvador es una manipulación soviética. Es probable que una militarización soviética —que respondería a una militarización creciente del mundo occidental o, por lo menos, de Estados Unidos, donde el secretario de Estado es un general de famosa actividad y donde el Pentágono tiene una influencia decisiva en el desarrollo de la política— pudiera entenderse mejor con los Estados Unidos.

Europa no sólo no lo cree así, sino que no lo desea. Sus objetivos políticos para con la URSS son de otra índole: 1, propiciar la evolución civil

del régimen soviético; 2, evitar que el mundo se divida de nuevo en dos grandes bloques, enfrentados y totalitarios, porque perdería la influencia que ha ido ganando, la independencia que cree que puede lograr; 3, evitar una guerra, porque se considera no sólo la primera víctima, sino tal vez la única, entendiendo que bien podría suceder que Estados Unidos y la URSS hayan llegado, o puedan llegar, a un acuerdo de respeto mutuo de sus territorios y a la decisión de convertir Europa en un teatro de operaciones, donde los dos se enfrentasen con riesgos limitados.

A cada uno su Polonia. Es decir, que cada grupo de naciones, cada grupo ideológico, cada individuo, ve Polonia como una metáfora de lo que le parece problema general. Todo el gran contexto mundial y el particular polaco se tiñe con esta metáfora. Y se piensa que la solución del caso polaco, sea cual sea, va a alejar los riesgos mundiales. No es así ni puede ser así. El problema general va mucho más allá, y tiene móviles propios y soluciones —o falta de soluciones— propias.

■ E.H.T.